

CHRISTIAN BERGMANN
DAVID LÓPEZ CANALES

El narco y el nazi

ÍNDICE

Prólogo, 9

1. Don Klaus, 17

2. El rey de la coca, 55

3. Los Novios de la Muerte, 77

4. Operación Miami, 105

5. El golpe, 121

6. El narco-Estado, 153

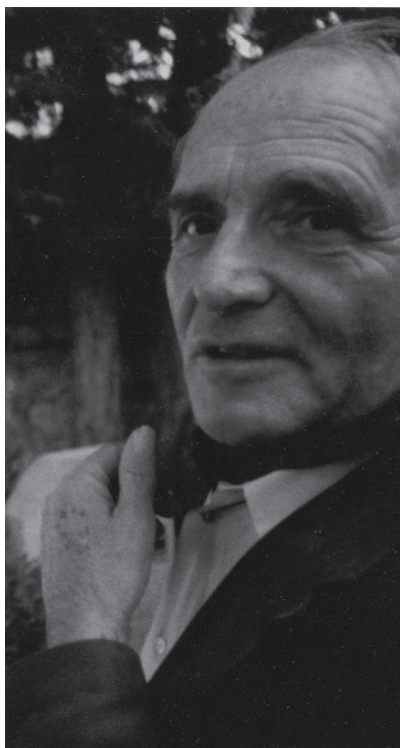
7. ¡Que se vaya, carajo!, 183

8. El fin de Barbie, 217

9. La profecía de *Scarface*, 241



Roberto SUÁREZ en 1984
(AP LaserPhoto)



Klaus BARBIE en 1979
(fotografía de Gerd Heidemann,
cedida por el Instituto Hoover)

PRÓLOGO

A ROBERTO SUÁREZ, UNO de los protagonistas de esta historia, Pablo Escobar lo llamaba don Roberto. Casi veinte años mayor, y de una de las familias más prósperas de Bolivia, Suárez fue un maestro para el narcotraficante colombiano. A Escobar, en cambio, Suárez lo apodó pelícano, burlándose de su papada.

Todas las historias tienen un comienzo.

Esta es la primera de todas las historias de grandes narcotraficantes que se han conocido y contado. La historia del primer gran narco: Roberto Suárez. Pero también la del más desconocido. La del hombre que lideró el negocio de la cocaína en la época en la que esta conquistaba el mundo y Escobar fundaba el cartel de Medellín. Esta historia es la génesis de todo lo que llegó después.

Durante años, tras la Segunda Guerra Mundial, decenas de altos mandos del nazismo huyeron de Alemania, primero, y de Europa, después, para evitar la persecución judicial por los crímenes atroces que habían cometido. Muchos de ellos lo hicieron a Latinoamérica, a través de las que se conocieron como las rutas de las ratas. Se asentaron en países como Argentina o Brasil y vivieron cómodos y libres el resto de su vida, con identidades falsas o sin siquiera esconderse, protegidos por los regímenes militares que prosperaron en la región durante la segunda mitad del siglo xx con el beneplácito de Washington. Corrían los años del Plan Cóndor, Latinoamérica seguía siendo el patio trasero de Estados Unidos —que había fijado la doctrina Monroe más de un siglo antes— y el comunismo era

un nuevo fantasma que amenazaba al mundo y frente al cual todo valía. Incluso el apoyo a los nazis. Klaus Barbie, comandante de la Gestapo, líder de la represión en Lyon durante la guerra, ejecutor sanguinario, fue uno de ellos. Él es el otro protagonista.

Todas las historias tienen también un final.

Esta es la historia del último nazi en acción. La de Barbie, que operó para sembrar el terror y conservar su impunidad hasta que fue finalmente arrestado en 1983. Continuó haciendo en Latinoamérica lo mismo que había hecho cuarenta años antes en la Francia ocupada. Siempre bajo la protección de los militares bolivianos.

Todas las historias tienen un nudo. Un momento decisivo en su desarrollo. Un punto de inflexión en el que todo cambia.

También esta.

Roberto Suárez y Klaus Barbie se conocieron una noche a finales de los años setenta, invitados ambos a una cena con militares en La Paz, la capital política boliviana. Fue el comienzo de una alianza inédita: la del primer gran narco y el último nazi. Una alianza que iba a cambiar el país y el negocio de la cocaína. Un pacto que daría como resultado el primer narco-Estado de la historia moderna. Una organización criminal liderada por Suárez con el nazi Barbie y el emergente Escobar como socios.

Y todas las historias tienen un escenario.

En Bolivia se lamentan de que el suyo es un país olvidado, de que en la vecina Argentina ni siquiera aparece en los concursos de televisión cuando se pregunta por las capitales de los países del continente. Dicen también en Bolivia que en su país no hay realismo mágico, esa corriente artística en la que cohabitan lo onírico y lo mágico con lo cotidiano que simboliza la obra de Gabriel García Márquez, pero que se plasmó también en otros autores y artistas, desde la literatura a la pintura, en el siglo xx latinoamericano. Dicen que no la hay porque Bolivia es ya de por sí mágicamente real. No les falta razón.

Bolivia fue el primer país del continente en proclamar su independencia, cuando se escuchó en 1809 el primer grito libertario

contra el dominio español, pero fue el último en conseguirla. No lo lograría hasta 1825. Bolivia es el país con el récord del mundo de golpes de Estado. Casi cuarenta en la segunda mitad del siglo xx.

En uno de ellos, en los años treinta, de hecho, ya habían participado dos altos mandos del ejército alemán: Hans Kundt y Ernest Rhöm. Kundt asesoraba al ejército boliviano desde 1921. Rhöm, fundador de la milicia de las SA, desencantado con el nazismo emergente pese a su amistad con Hitler, llegó al país en 1928. Su influencia en las fuerzas armadas fue tan importante que ambos alcanzaron los mayores grados del ejército.

En Bolivia, al sur, en San Vicente, casi frontera con Argentina, fue donde murieron los célebres pistoleros y ladrones de bancos Butch Cassidy y Sundance Kid el 6 de noviembre de 1908. Tras haber huido en barco desde Nueva York a Argentina con identidades falsas, volvieron a las andadas, a atracar y robar. Cruzaron a Bolivia huyendo y allí asaltaron al contable de una empresa minera. Se refugiaron en una casa de San Vicente perseguidos por un pelotón del ejército.

Tras una noche de tiroteo, la vivienda amaneció silenciosa. Cuando los soldados irrumpieron en ella se encontraron los cuerpos muertos de los bandidos. Ambos se habían suicidado. O Cassidy había matado a su compañero y después se había quitado la vida. O ninguno de los dos murió realmente aquel día, porque eso cuenta una de las leyendas que aquel día empezó a fraguarse. Todo mágicamente real.

Bolivia es también el lugar donde cayó otro personaje icónico, Ernesto Guevara, el 9 de octubre de 1967, tras un año de guerrilla en la selva de Ñancahuazú, al norte del país. Capturado por el ejército, fue ejecutado, amputaron las manos del cadáver e hicieron desaparecer el cuerpo. En el pueblecito de La Higuera murió el hombre y nació el mito del Che.

Algunos de aquellos militares del ejército boliviano, sargentos o tenientes entonces, son quienes años más tarde, ya como

coroneles, protegerán a Barbie y conspirarán con él. A la inversa, el general Gary Prado, el hombre que capturó al Che, es quien desmantelará el batallón neonazi de paramilitares extranjeros los Novios de la Muerte que Barbie comandaba y que operaba como cuerpo especial de seguridad de Roberto Suárez.

Dicen en Bolivia, en un dicho típico del país, que lo que no ocurre en Bolivia es raro.

Esta historia transcurre en ese escenario mágicamente real de grandes historias y leyendas. Pero no es una historia que se quede allí. Esta historia va más allá de Bolivia y de la realidad boliviana. De ahí, también, su valor y trascendencia.

Es la historia simbólica de todo un continente y de toda una época. De unos crímenes transnacionales a otros: de la violencia de las dictaduras y los últimos coletazos del horror nazi a la nueva violencia que trajo el narcotráfico a Latinoamérica.

Hemos trabajado en esta historia durante tres años. Este es el resultado de una larga investigación periodística de búsqueda de los protagonistas y testigos de los hechos en Bolivia, en Estados Unidos y en Europa. En total han sido cerca de un centenar de entrevistas y conversaciones con las personas que, todavía hoy, más de cuarenta años después, pueden contar la historia en primera persona. También hemos buscado las claves de los hechos en numerosos archivos que habían permanecido desconocidos hasta ahora y en las hemerotecas y bibliografías que ya existían sobre la época o sobre algunos de sus protagonistas, como sucede con Klaus Barbie y el excelente trabajo del historiador alemán Peter Hammerschmidt.

Este libro reconstruye aquellos años tan especiales, desde los sucesos en Bolivia a la complicidad de las dictaduras latinoamericanas con los criminales nazis, el *boom* de la cocaína en el mundo o el todavía sospechoso papel de Washington y, sobre todo, de la CIA en los hechos.

Este libro aborda ese momento concreto de la historia en el que pasado, presente y futuro coincidieron. Y todo sucedió en ape-

nas tres años, una condensación temporal que, para nosotros, hace los acontecimientos aún más impactantes.

Bolivia es ese escenario principal donde ocurre, pero en Bolivia están el continente, sus víctimas, sus verdugos y sus cómplices. Está ese punto de inflexión entre el final de una época y el comienzo de otra. Está todo. Un todo que no debería haber sucedido nunca pero del que siempre se podrá aprender.

I. DON KLAUS

—TENÉIS QUE DAROS PRISA si queréis ver mi colección de Klaus Barbie. Los estadounidenses la están comprando completa...

Esta es la primera frase que Gerd Heidemann nos dice por teléfono cuando le contactamos para hablar de sus encuentros con Klaus Barbie. Seguimos su consejo.

Gerd Heidemann, ya nonagenario cuando nos vemos, está considerado por el público como el reportero estrella de dudosa reputación que, en los años ochenta, publicó los diarios falsos de Hitler.

Pocos días después de la llamada nos reunimos en su archivo privado, ubicado junto a la estación de tren Altona de Hamburgo. Por primera vez nos queda claro a qué se refería con la colección de Klaus Barbie. Cientos de carpetas se apilan en estanterías de un metro de largo en el sótano que tiene alquilado en un edificio de oficinas.

Heidemann es un hombre que, pese a todo, quiere preservar su legado. Un legado que se vio eclipsado por el mayor escándalo periodístico de la historia alemana de la posguerra: la adquisición y publicación por la revista *Stern* de unos diarios falsos de Hitler. Heidemann le había comprado los diarios, más de medio centenar de volúmenes escritos supuestamente por el Führer, a un ilustrador, y se los vendió después, mucho más caros aún, a la publicación. Pero no los había escrito Hitler, sino el propio ilustrador. Ambos fueron condenados por fraude. Y Heidemann, hundido profesionalmente, pasó de reportero a farsante.

Pero este archivo en el que nos encontramos no es la guarida de un timador. Es la prueba real de una carrera periodística que va mucho allá de aquellos diarios.

Heidemann fue una de las figuras más deslumbrantes, y finalmente trágicas, del periodismo alemán de posguerra. Un hombre cuya carrera osciló entre el genio investigador y la ingenua compulsión. Mucho antes de que su nombre se asociara con el fraude, era considerado un reportero excepcional con un instinto infalible para las grandes historias. En las décadas de los sesenta y setenta fue el principal impulsor de las investigaciones de *Stern*, que atrajeron la atención internacional: informó desde regiones en crisis, emprendió peligrosos viajes a Latinoamérica, investigó a criminales nazis fugitivos y fue testigo con su cámara de los dramas políticos globales.

Sus historias exclusivas sobre mercenarios en África y sobre las maquinaciones de los nazis exiliados en Latinoamérica le valieron la reputación entre sus colegas de sabueso del periodismo de investigación.

Heidemann también vivió una vida privada de una excentricidad casi cinematográfica: compró el yate *Carin II*, que perteneció a Hermann Göring, el lugarteniente de Hitler, y cenó con antiguos líderes nazis con la misma naturalidad con la que colaboró con fotógrafos internacionales de renombre.

Pero toda su carrera se desvaneció repentinamente cuando aquellos diarios de Hitler, que Heidemann presentó con un fervor casi religioso como el descubrimiento del siglo, resultaron una burda falsificación. Engañado, pero también cegado por la perspectiva del éxito, la fortuna y la inmortalidad periodística, pasó de ser un cazador a convertirse en una figura trágica. El escándalo lo sumió no solo a él, sino también a la revista *Stern*, en una profunda crisis.

A partir de entonces, muchos dejaron de considerarlo un reportero con olfato agudo y empezaron a verlo como un hombre impulsivo y obcecado por la ambición de fama que olvidó los principios periodísticos fundamentales: escepticismo, escrutinio y distancia.

Sin embargo, el balance de su carrera sigue hoy entre los extremos. En uno está el fracaso que condujo a la ruina de su reputación. En el otro, una obra que, en sus mejores momentos, sentó las bases del periodismo de investigación en Alemania. Heidemann es el símbolo perfecto de la delgada línea entre la revelación y la mentira.

Esta mañana, en su archivo, nos queda claro que Heidemann es más de lo que se sabe de él. Posee una memoria fotográfica que le permite recordar cada detalle de conversaciones que tuvo décadas atrás y encuentra al instante todos los documentos que busca en los largos pasillos. Entre ellos, cientos de fotos y horas de grabaciones de sus encuentros con Barbie.

La colección contiene, además, documentos históricos únicos. Hojeando la carpeta de Reinhard Heydrich, el Reichsführer de las ss, descubrimos fotos privadas inéditas. El periodista se niega a revelar cómo las obtuvo. Será siempre un misterio, porque Heidemann fallecerá pocos meses después de nuestro encuentro.

La importancia de su extensa colección ha sido reconocida por instituciones académicas como el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford. Sus directivos son los estadounidenses a los que se refería en nuestra primera llamada. La operación se completó poco antes de su fallecimiento. La colección, ya en California, es tan extensa que mantendrá ocupados durante años, como ellos mismos han reconocido, a los historiadores del instituto que investigan la era nazi.

El día de nuestra cita en Hamburgo, Heidemann vislumbra ya su final y no quiere que lo que quede de él sea su estrepitoso fracaso, sino su importante contribución al descubrimiento de la participación de los criminales de guerra nazis en Latinoamérica. Tras un almuerzo tardío en un asador frente a su archivo y después de acordar nuestra colaboración con él, al despedirnos, nos pide que para nuestra próxima cita llevemos un cartucho de impresora y carpetas archivadoras. Aún posee muchos documentos más para nosotros.

BOLIVIA, VERANO de 1979. Klaus Barbie recibió por primera vez a Heidemann en La Paz. El periodista investigaba para la revista *Stern*, pero Barbie no lo sabía. Tampoco, por supuesto, que además de su trabajo como periodista estaba colaborando con el Mossad. Heidemann realizaba en ese momento una delicada doble misión. Su trabajo iba más allá del periodismo. Era una cuestión de vida o muerte. De hecho, la historia de Bolivia podría haber sido diferente si el Mossad hubiera completado su plan.

El periodista se hacía pasar por un escritor, simpatizante del Tercer Reich, que ayudaba a los viejos nazis a escribir sus memorias. Karl Wolff, con quien Heidemann mantenía una larga amistad y que sabía que era periodista, fue el primero al que ayudó con su autobiografía. Wolff había sido un antiguo general de alto rango de las ss y, además, confidente de Himmler.

Heinrich Himmler, el Reichsführer de las ss, fue una de las figuras centrales del aparato de poder nacionalsocialista. No era un orador fanático como Hitler, sino el egocéntrico desatado que organizó el horror nazi. Tras su rostro anodino, casi cómico, con gafas y bigote diminuto, se escondía un funcionario ideológicamente ciego que transformó a las ss en una unidad de élite, primero, y después en el instrumento de la cosmovisión totalitaria del nazismo. Himmler fue el arquitecto de los campos de concentración y el planificador de la solución final: el exterminio de los judíos.

Heidemann logró trabajar como secretario de un Wolff ya anciano cuando este preparaba sus memorias. Estaba tan satisfecho con su amigo y con la ayuda que le prestaba que comenzó a presentarle a otros antiguos camaradas. Recomendado por Wolff, no dudaban de él. Gracias a aquellas puertas que le abrió, empezó a filtrar información al Mossad: fotos, planos de casas y rutinas diarias de criminales de guerra como Walther Rauff, refugiado en Chile. Rauff fue uno de los inventores de los furgones convertidos en cámaras de gas móviles, precursores de las cámaras de gas de los campos.

Ahora Heidemann estaba con Barbie. Aquel primer encuentro no fue, por supuesto, casual. Formaba parte de la investigación que el periodista había iniciado desde comienzos de la década para rastrear a los antiguos jerarcas nazis fugados a Latinoamérica. Impulsado por una mezcla de sensacionalismo, interés histórico e instinto de reportero, Heidemann viajaba con su grabadora y su valentía a las regiones donde los criminales nazis vivían escondidos. Había contactado con Barbie gracias a Wolff, primero, y a otro exmiembro de las ss, Friedrich Schwend, quien conocía a Barbie de la guerra y había colaborado con él en Latinoamérica. Cuando Heidemann llegó a La Paz, ya sabía moverse con una facilidad casi ingenua entre los criminales y sus círculos más cercanos.

Las reuniones con Barbie, no obstante, se desarrollaron bajo estrictas medidas de seguridad. En Bolivia, Barbie no era Klaus Barbie, sino Klaus Altmann. Heidemann se encontró con él en cafés discretos, en mesas apartadas, donde nadie podía escucharlos y Altmann se sentía seguro.

Educado, sereno y meticulosamente controlador, Altmann le contaba su versión de los hechos y de la historia. El relato de su propia trayectoria estaba moldeado por el mito del anticomunista decidido que se veía a sí mismo como víctima de una conspiración política. Para Heidemann, Barbie se convertiría no solo en una fuente, sino en la prueba viviente de una red de relaciones de nazis exiliados, contactos de inteligencia e intereses económicos.

El reportero grabó sus entrevistas con la excusa de que también lo ayudaría a escribir sus memorias. Heidemann llegaba a estos personajes por sus amigos nazis, pero se los ganaba alimentando su ego. Eran criminales ya en la recta final de sus vidas y él les alababa su peso histórico y ensalzaba la trascendencia que sus autobiografías tendrían.

En las cintas de Heidemann se escucha al periodista preguntar a Barbie por el asesinato de Jean Moulin, el líder del movimiento de resistencia francés durante la ocupación alemana de Francia,

pero también por los métodos de tortura que empleó y por sus negocios en Bolivia. En muchas ocasiones el reportero parece más un simpatizante entusiasta. En sus charlas se difumina la línea entre la documentación periodística y una proximidad que resulta inquietante. Aquellas revelaciones le darían al periodista material para apuntarse una gran exclusiva.

Sin embargo, la última gran historia antes de su colapso no vio la luz inmediatamente. Todavía hoy persisten en Alemania los rumores de que el editor de la revista *Stern*, Henry Nannen, cuyo pasado nazi permaneció oculto durante décadas y se reveló hace pocos años, había prohibido su publicación. Nannen había trabajado para el departamento de Propaganda de las ss durante la Segunda Guerra Mundial y tenía conexiones con otros miembros de estas fugitivos en Latinoamérica.

Allí, en las polvorientas calles de La Paz, Heidemann todavía estaba en la cima. Era un cazador de historias fascinado por el Tercer Reich que se encontraba cara a cara con el mal. Esa emoción la debió intuir Altmann enseguida, que reconoció en su entusiasmo a uno de los suyos, a un admirador. Ego y vanidad. Enseguida confió en él.

Barbie había rechazado ya hacer entrevistas. Incluso algunas por las que le pagarían. En realidad, las había rechazado Altmann. Pero Altmann no era Barbie. Altmann no podía ser Barbie. Con Heidemann, en cambio, no hablaba por dinero, ni como Altmann, sino como Barbie, y con absoluta confianza. Delante de Heidemann, Barbie glorificaba el Tercer Reich y se jactaba de los rivales a los que había eliminado.

Para Heidemann, sin embargo, el encuentro determinante no fue el primero que mantuvo en la casa de Altmann ni los siguientes en los cafés de La Paz, sino otro posterior. Aquel día Barbie le había propuesto que cambiaran la localización de su cita. Quería mostrarle el Titicaca, una maravilla natural de los Andes situada a cuatro mil metros de altura, el lago navegable más alto del planeta.

Quedaron en un restaurante a su orilla, a dos horas de conducción desde La Paz. Ya estaban sentados a la mesa cuando el periodista detectó a dos militares de alto rango que se acercaban a ellos. Se inquietó. Inmediatamente pensó que estaban allí por él. Tal vez fueran a revelarle a Barbie que no era el biógrafo de los militares que decía ser, sino un periodista. O, peor aún, un activo del Mossad. Heidemann sabía que Barbie tenía espléndidos contactos en Bolivia. En aquel momento descubrió que eran aún mejores de lo que intuía.

Los dos militares los saludaron y preguntaron al señor Altmann si podía reunirse en privado con ellos. Barbie se levantó y los tres se alejaron. Los nervios de Heidemann se dispararon. Si le exponían, no tendría escapatoria. Allí, en la orilla idílica del Titicaca, estaba indefenso. Barbie tardó media hora en regresar. Se disculpó con él.

—Se planea un golpe —le anunció con desenfadado—. Y necesitan mi ayuda —añadió henchido de orgullo.

NIKOLAUS BARBIE nació en 1913 en el extrarradio de Bonn. Fue hijo ilegítimo de un profesor, nacido fuera del matrimonio en una época en la que eso significaba un defecto y una culpa que se cargaban de por vida. Su padre, traumatizado por la Primera Guerra Mundial y alcoholizado en la posguerra, era un hombre tiránico. Utilizaba un látigo para perros para imponer disciplina. Barbie creció entre el chasquido de los latigazos y el silencio de la absoluta indiferencia paterna. Desorientado y sin rumbo entre la violencia y la ausencia de amor. Nikolaus Barbie no existía. O no lo hacía para nadie más que para sí mismo.

De aquella infancia hablaría al final de su vida para confesar que había padecido un sufrimiento verdaderamente amargo. Lo que no contó nunca es cómo el niño marcado, asustado y azotado se convirtió en el hombre que atormentó a los demás.

De niño le enviaron a un internado católico y Barbie barajó el sacerdocio como opción de vida futura. Allí aprendió, también a golpes, lo que significaban la disciplina, la puntualidad y la sumisión. Fueron sus primeros valores. Pronto se convertirían en una nueva ideología.

En los años treinta, mientras la República de Weimar se desmoronaba, Barbie se hizo miembro de las Juventudes Hitlerianas y más tarde se unió al partido nacionalsocialista de Alemania (el NSDAP). El nacionalsocialismo le ofreció lo que la vida le había negado hasta entonces: una comunidad, una dirección y una meta. La humillación se transformó en dureza. El vacío, en obediencia.

Un jefe de grupo local le vio potencial, reconoció su celo y le recomendó que se trasladara a Berlín. Allí Barbie conoció a un hombre que cambiaría su vida: Reinhard Heydrich, jefe del Servicio de Seguridad de las ss, arquitecto del holocausto.

Como jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich y artífice de la solución final, Heydrich no fue un fanático ruidoso, sino un frío estratega que impulsó el régimen nazi con una eficacia cruel. Heydrich no era un funcionario más, sino un hombre de convicciones que, además de ejercer el poder, lo organizaba sistemáticamente. A él fue a quien Hermann Göring, uno de los hombres más poderosos de la dictadura, le encargó en julio de 1941 la organización de la que llamaron una solución integral a la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa. Heydrich recibió así la autorización formal para coordinar la implementación de esta política. Actuó con tal determinación y sangre fría que a menudo fue considerado el verdadero jefe de las ss.

Misterioso, distante y cortés, pero despiadado, aún faltaban años para que Heydrich mostrara todo de lo que era capaz cuando Barbie lo conoció. Pero ya se quedó impresionado con él. También con la idea de ser parte del servicio secreto. Aquel fue el comienzo de su carrera en la sombra.